

Algunas notas sobre la traducción de textos latinos

Julio PIMENTEL ÁLVAREZ

ABSTRACT: In order to avoid absurdities, a translation must have common sense and take on account not only the initial, but also the target language.

Mi experiencia como traductor se centra fundamentalmente en los clásicos latinos, y más en particular en la obra filosófica de Cicerón. Con el paso de los años me he dado cuenta de que la labor del traductor de los clásicos es una de las más complejas y difíciles.

Después de haber leído y escuchado algunas disertaciones sobre traductología, he llegado a la conclusión de que nadie, hasta hoy, ha dicho la última palabra sobre un tema tan complicado como lo es el de la traducción. Por mi propia experiencia he podido comprobar que nunca una traducción es del agrado de todos los receptores; me refiero, de modo especial, a los que conocen la lengua latina. Evidentemente, este hecho se debe, entre otras cosas, a que no todos tienen los mismos criterios en lo que respecta a la traducción.

Me parece muy útil que haya traductólogos, estudiosos que se dediquen a profundizar en ese tema, pues sus reflexiones pueden ilustrarnos e iluminarnos en tan difícil empresa. Lo peor que le puede ocurrir a un traductor, es creer que sólo él lo sabe todo y

que sus criterios de versión son los únicos valederos. Es muy sano, y muy provechoso, aprender a escuchar las opiniones ajenas. Sin embargo, tratar de emitir dogmas en cuestiones de translatoología, puede resultar riesgoso. Considero que es relativamente fácil contradecirse en los hechos. Uno puede defender obstinadamente tales o cuales criterios traductorales, y luego no apearse totalmente a ellos al realizar una traducción. El profesor Hans Josef Vermeer insiste mucho en que el traductor debe tener muy presente el Skopos, esto es, la finalidad que persigue para el texto meta, y, de acuerdo con ello, elegir la estrategia translativa que considere óptima para su objetivo.¹ Tal vez no logro percibir todo el alcance de esta afirmación.

En mi opinión, el traductor de textos latinos debe estudiar a fondo el texto de partida en todos sus aspectos, fundamentalmente en el contenido y la forma; yo diría, tal vez exagerando un poco, que debe estudiar cada una de las palabras y de las frases del texto original, lo cual lo llevará a hacer todo el trabajo de investigación que se requiera para que, en el texto meta, reproduzca, con la mayor fidelidad que le sea posible, el contenido del original y la forma que lo envuelve, o las escenas y marcos, como dicen algunos traductólogos.

Es evidente que, tratándose de obras literarias, en verso o en prosa –también hay prosa poética–, el traductor debe estar muy atento para descubrir todos los recursos literarios del original y trasladarlos, en la medida que le sea posible, al texto de llegada. Cuando esto se logra, aunque no sea en forma absoluta, se contribuye al enriquecimiento de la lengua meta, como puede comprobarse en el caso de la lengua española en relación a la literatura clásica latina.

Si nos propusiéramos traducir la *Eneida* para receptores de nula o demasiado escasa formación literaria, tal vez lo mejor

¹ Cf. Pedro C. Tapia Zúñiga. *Cicerón y la translatoología según Hans Josef Vermeer*. México, UNAM (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos 39), 1996, pp. 11 ss.

sería no traducirla, pues tendríamos que despojarla, en la traducción, de toda su belleza y hacer un relato escueto, o casi escueto, de las acciones que en ella se narran.

La frase *unco non adligat ancora morsu* (*En.*, I, 169) podríamos traducirla así: “no las sujeta [a las naves] el ancla de corvo mordisco”, o, como Rubén Bonifaz Nuño,² “no las liga el ancla con corvo mordisco”, conservando la hipálage y la metáfora y, en cierta medida, el ritmo de esa frase. Estefanía Álvarez³ la vertió de esta otra manera: “ningún ancla de curvo diente las sujeta”, y Maurice Rat:⁴ “ne sont [...] ni enchaînés par l’ancre à la dent recourbée”. Estas dos versiones son muy similares. Esta otra frase: *vocemque his auribus hausit* (*En.*, IV, 359), que alude al mensaje que, por medio de Mercurio, envió Júpiter a Eneas para que se alejara de Cartago y de su reina, y siguiera su viaje a Italia, podría traducirse así: “y bebí su voz con estas orejas”, o, como Rubén Bonifaz Nuño, “y tragué su voz con estas orejas”. Estefanía Álvarez la tradujo de esta manera: “y escuché con mis oídos su voz”; la metáfora del original no figura en esta versión; un poco más cercana al original está la de M. Rat: “et j’ai de mes oreilles recuelli ses paroles”.

También en la *Eneida*, para anunciar el poeta que se avecina una tormenta dice: *interea magno misceri murmure caelum / incipit* (IV, 160). Lo que el poeta expresa con palabras lo expresa también con el sonido de las mismas. De allí que R. Bonifaz traduzca esa frase de esta manera: “entre tanto, el cielo con magno murmullo a mezclarse / comienza”. E. Álvarez la vierte de esta otra manera: “entretanto el cielo empieza a turbarse con gran murmullo”, y M. Rat: “cependant un grand murmure commence

² Cf. Virgilio. *Eneida*, Libros I-IV. Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño. México, UNAM (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1972.

³ Cf. Virgilio. *Eneida*. Introducción, traducción, notas e índice onomástico por María D. N. Estefanía Álvarez. Barcelona..., Bruguera, 1973.

⁴ Cf. Virgile. *L'Énéide*. Traduction nouvelle avec une introduction et des notes para Maurice Rat. Tome premier. Paris, Garnier, 1960.

à emplir le ciel". La evidente y muy sugestiva aliteración del original se pierde en la versión de Estefanía Álvarez, y, en ella y en la de Rat, la imagen encerrada en *misceri*.

Tal vez el temor a la crítica mordaz es lo que, en ocasiones, lleva al traductor a elegir un camino más fácil y a no trasladar, sino a explicar o simplificar, los diferentes recursos literarios del texto de partida.

Todos conocemos la famosísima oda horaciana *Exegi monumentum* (*Od.*, III, 30). José Luis Ortiz-Cañavate tradujo la frase *dum Capitolium / scandet cum tacita virgine pontifex* de esta manera: "mientras los hombres sigan haciendo sacrificios a los dioses".⁵ Como puede verse, aquí no se menciona ni el Capitolio, ni la tácita virgen (vestal), ni el pontífice. Probablemente, el traductor pensó que si decía lo que dice la frase latina, el receptor de su traducción no iba a entenderla. Horacio quiso aludir a una costumbre religiosa de su tiempo, muy diferente de la que menciona su traductor. Para un lector que desconoce tal costumbre, la versión de Ortiz-Cañavate puede resultar más clara. Sin embargo, una simple nota, breve incluso, puede ser suficiente para que se entienda lo que expresa el Venusino.

Tal vez (sí, tal vez, no estoy completamente seguro) el profesor Vermeer considera, en términos generales, preferible lo que hizo Ortiz-Cañavate, con el objeto de evitar, lo más posible, el recurso de las notas. Por mi parte, opino que al no trasladar al texto meta esas alusiones culturales que muy frecuentemente encontramos en los textos clásicos, se propicia la incultura de los receptores.

El prefacio con que el gran humanista veracruzano, Juan Luis Maneiro, *nos introduce* en la biografía de Antonio López Portillo, comienza así: *Nulla non aetas putavit, incitamenta virtutis esse clarorum virorum imagines; quorum memoria satis posteros monet, quibus artibus ad egregia facinora possint ascendere*.⁶

⁵ Cf. Horacio. *Odas y Epodos*. Versión y estudio preliminar de José Luis Ortiz-Cañavate. México, Ediciones Ateneo, S.A., 1965.

⁶ Cf. Juan Luis Maneiro. *Sobre la vida de tres mexicanos ilustres*. Prólogo, edición, traducción y notas de Julio Pimentel Álvarez. México, UNAM, Instituto de

Este párrafo podría traducirse de la siguiente manera: “Ninguna época ha dejado de pensar que son incitamentos de la virtud las semblanzas de ilustres varones, cuya memoria bastante advierte a la posteridad por medio de qué artes puede ascender a los hechos egregios”. Alberto Valenzuela Rodarte hace esta versión: “Siempre se pensó que era de gran ayuda a la virtud el contemplar los hechos de los hombres ilustres”.⁷

El mismo Maneiro, después de relatar la vida del personaje mencionado, hace una aclaración, la cual empieza así: *Ab sincere veritatem amante nihil opus est erroris confessionem tormentis exprimere; cum praesertim confessio in ejus honorem est quem laudare instituerat*.⁸ La versión podría ser como sigue: “No es necesario arrancar con tormentos la confesión de un error a quien ama sinceramente la verdad, especialmente cuando la confesión es en honor de aquel a quien había resuelto elogiar”. Valenzuela Rodarte traduce así: “Hemos de confesar un error, y la confesión cede en gloria del laudado López Portillo”.⁹

Ambos ejemplos, sobre todo el segundo, son clarísimas muestras de versión simplificada.

El profesor Vermeer dice que el traductor debe pensar para qué y para quiénes traduce. Yo me pregunto para quiénes escribió Cicerón, por ejemplo, sus obras filosóficas, para quiénes escribió Virgilio su *Eneida*. Supongo que para todos aquellos que quisieran leer esos tratados y esa epopeya tal como fueron escritos. Y si yo traduzco a Cicerón o a Virgilio, debo suponer que los receptores de mi traducción esperan conocer, a través de ella, no sólo el mensaje de estos escritores sino también la forma en que

Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos (Serie Didáctica 15), 1990, p. 14.

⁷ Cf. Juan Luis Maneiro. *Vidas de algunos mexicanos ilustres*. Traducción de Alberto Valenzuela Rodarte, estudio introductorio y apéndice de Ignacio Osorio Romero. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos 24), 1988, p. 593.

⁸ Cf. Juan Luis Maneiro. *Sobre la vida de tres mexicanos ilustres...*, p. 92.

⁹ Cf. Juan Luis Maneiro. *Vidas de algunos mexicanos ilustres...*, p. 611.

lo transmiten, a sabiendas, claro está, de que no siempre voy a lograr mi cometido, porque no siempre me será posible trasladar todos los aspectos semánticos y formales del original, por tratarse de culturas diferentes y de lenguas diferentes. Ejemplo muy claro de ello es el uso del hipérbaton, tan extendido en las letras latinas, y que, de conservarse siempre en la versión española, ésta resultaría, en muchísimas ocasiones, simplemente ilegible. Pienso que en esto de la traducción, como en muchas otras cosas, debe guardarse un equilibrio y usarse el buen sentido común, a fin de tener en cuenta no sólo la lengua de partida sino también la lengua meta, para no caer en lo absurdo. ¿Cuántas veces habré caído yo mismo?